

algunos de aquellos estraños fenómenos que presenta el océano durante una tempestad y que habian llenado de un terror indefinible sus espíritus supersticiosos.²⁶

Habíanse hecho señales á los demas buques para que cada uno se dirigiera por su lado como pudiese á la isla de la Gorgona. Allí fueron llegando sucesivamente, sin faltar mas que uno; pero todos mas ó menos estropeados por el temporal. Solo aguardó el presidente á que se aplacase la furia de los elementos; inmediatamente volvió á embarcarse y pasó á Manta navegando en aguas mas tranquilas. De allí continuó sin dilacion su viage á Tumbes y tomó tierra en aquel puerto el 13 de Junio. En todas partes le recibieron con entusiasmo, y todos parecian deseosos de borrar el recuerdo de lo pasado con protestas de fidelidad para lo futuro. Gasca recibió tambien del interior muchas cartas gratulatorias de caballeros que antes habian servido casi todos á las órdenes de Pizarro. Dióles cortesmente las gracias por sus ofrecimientos y les ordenó que acudiesen á Caxamalca, punto general de reunion.

²⁶ Las luces fosfóricas que suelen verse en el mar durante una tormenta, andaban vagando por los mástiles y cordage del buque del presidente, y divirtió á los marineros, segun dice Fernandez, explicándoles la causa de

este fenómeno y refiriéndoles las fábulas á que habia dado origen en la antigua mitologia.—Esta anécdota explica la popularidad de que gozaba Gasca aun entre las clases mas humildes.

A Hinojosa lo envió tambien á aquel lugar tan luego como este oficial desembarcó con las fuerzas de tierra, mandándole que en Caxamalca tomase el mando de las tropas reunidas allí, y fuese luego á buscarle con ellas á Jauja. En este punto resolvió fijar su cuartel general, porque su comarca era rica y á bundante, y por su posicion central era muy apropósito para hacer la guerra al enemigo con mayor ventaja.

Comenzó en seguida á caminar al frente de un pequeño destacamento de caballería por el camino llano de la costa hacia Trujillo. Despues de permanecer algun tiempo en esta fiel ciudad, atravesó la cadena de montañas del sudeste y pronto entró en el fértil valle de Jauja. En él se le juntaron algunos refuerzos del norte, así como otros de las ciudades principales de la costa y á poco de haber llegado recibió aviso de Conteno informándole que guardaba los pasos por donde Gonzalo Pizarro trataba de escaparse del Perú, de manera que este cabecilla debia indefectiblemente caer en sus manos! El campo real cobró mucho ánimo con estas noticias. La guerra estaba, pues, concluida, y sin que el presidente se hubiese obligado á desenvainar la espada contra ningun Español. Algunos oficiales suyos le aconsejaban que licenciase la mayor parte de sus tropas; porque eran gravosas sin ser ya necesarias. Pero Gasca era demasiado

prudente para debilitar sus fuerzas antes de lograr la victoria. Consintió, sin embargo, en avisar á Méjico y á las otras colonias que suspendiesen el envío de tropas, porque ya se encontraba bastante fuerte con la lealtad que manifestaba todo el país; pero reconcentró sus fuerzas en Jauja y estableció en aquella ciudad su cuartel general, resuelto á aguardar allí hasta saber el resultado de las operaciones en el sur, el cual fué muy diverso de lo que él se figuraba. ²⁷

Pizarro á quien dejamos en Arequipa, se habia resuelto en el entretanto á abandonar el Perú y pasarse á Chile. En este país, fuera de la jurisdicción del presidente, podia hallar un asilo seguro. El creía que el veleidoso pueblo se cansaria al cabo de su nuevo gobernador, y para entonces ya podia haber adquirido fuerzas suficientes para comenzar de nuevo la guerra y recobrar sus dominios. Estos eran los cálculos del caudillo rebelde. ¿Pero como habia de lo-

²⁷ Sobre lo referido en las páginas anteriores, V. Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 7, cap. 1.—Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 3, cap. 14, et seq.—Fernandez, Hist. del Perú, Parte 1, lib. 2, cap. 71-77—MS. de Caravantes.

Como este último escritor ocupaba un puesto importante en el ramo de hacienda de las colo-

nias tenia oportunidad de recoger noticias que le sirvieron para dar en su obra varios pormenores que no se hallaban en ninguna otra, sobre los principales personajes de aquellos azarosos tiempos. Su obra que aun permanece manuscrita, estuvo en el archivo de la Universidad de Salamanca, y de allí pasó después á la librería del rey en Madrid.

grar su objeto mientras que los pasos de la sierra por donde habia de pasar los guardase Centeno con una fuerza mas que doble de la suya? Resolvió apelar á las negociaciones, porque aquel capitán habia servido en otro tiempo á sus órdenes y aun se mostró muy empeñoso en persuadir á Pizarro que se encargase del oficio de procurador. Acercándose por lo mismo hácia la laguna de Titicaca en cuyas inmediaciones habia asentado Centeno sus reales, envió Gonzalo un mensajero á su campo para comenzar las negociaciones. Recordaba á su adversario las relaciones amistosas que en otro tiempo hubo entre ellos, y le traía particularmente á la memoria una ocasion en que le habia perdonado la vida hallándose convicto de conspiracion contra su persona. Decia que no conservaba ningun resentimiento por la reciente conducta de Centeno, y que no venia ahora á pelear con él. Su objeto era abandonar el Perú, y el único favor que pedia á su antiguo camarada era que no le estorbase el paso de la sierra.

Respondióle Centeno usando de palabras tan corteses como Pizarro: que no habia olvidado su pasada amistad, y que estaba pronto á servir á su antiguo comandante en cuanto fuese compatible con su honor y con la obediencia debida al soberano; pero que allí defendia la causa real y no podia apartarse un ápice de su deber. Que

si Pizarro queria fiarse de él y entregarse, le empeñaba su palabra de caballero de que emplearia toda su influencia con el gobierno, para conseguir que él y sus compañeros fuesen tratados con la misma indulgencia con que lo habian sido los demas. Gonzalo escuchó las blandas promesas de su antiguo camarada con el mas amargo desden pintado en su semblante, y arrancando la carta de manos de su secretario la arrojó con indignacion lejos de sí. Ya no quedaba otro recurso que apelar á las armas.²⁸

Levantó inmediatamente su campo, y se dirigió hácia las orillas de la laguna de Titicaca donde se hallaba su enemigo. Usó, sin embargo, de una estratagemata para evitar el encuentro si era posible. Envió por delante una descubierta por un camino diverso del que pensaba tomar, y él apresuró su marcha hácia Huarina. Era esta una ciudad pequeña situada al sudeste en la estremidad de la laguna de Titicaca, cuyas orillas, cuna de la primitiva civilizacion de los Incas, iban á resonar bien pronto con el estruendo de la mortífera lucha de sus vencedores que se preciaban de mas civilizados.

Pero Centeno tenia quien le comunicase secretamente todos los movimientos de Pizarro,

²⁸ Pedre Pizarro, Descub. y Zárate, Conq. del Peru, lib. 7.
Conq. MS. — Garcilaso, Com. cap. 2.
Real, Parte 2, lib. 5, cap. 16.—

y asi es que cambió de posecion y fué á situarse no lejos de Huarina el mismo dia que Gonzalo llegó á este lugar. Los corredores de ambos campos llegaron á verse en la misma tarde, y los ejércitos rivales pasaron la noche sobre las armas dispuestos para la accion del dia siguiente.

El 26 de Octubre de 1547, despues de haber formado sus tropas en orden de batalla, avanzaron los dos comandantes á encontrarse en los llanos de Huarina. El terreno defendido de un lado por un áspero ramal de los Andes, y no muy distante por el otro de las orillas del lago, era una llanura lisa y despejada, muy propia para las maniobras militares. Parecia quela naturaleza le habia dispuesto espresamente para liza de algun combate.

Contaba Centeno en sus filas unos mil hombres. Los de caballeria no llegaban á doscientos cincuenta, bien montados y provistos, viéndose entre ellos muchos caballeros nobles, algunos de los cuales siguiéron en otro tiempo las banderas de Pizarro. Era en su conjunto un cuerpo muy respetable, y se veian en sus filas algunas de las mejores lanzas del Perú. Los arcabuceros no eran tan numerosos, pues no pasaban de ciento cincuenta, no muy provistos de municiones. El resto, que era la parte mayor del ejército de Centeno, se componia de pique-

ros, gente colecticia reunida á toda prisa y muy poco disciplinada.²⁹

Con este cuerpo de infantería formó el centro de su línea, flanqueada por dos divisiones de arcabuceros casi iguales, y la caballería estaba dividida de la misma manera en dos trozos colocados en las alas derecha é izquierda. Por desgracia toda la semana anterior habia estado Centeno enfermo de pleuresia, y aun la víspera le habian sangrado varias veces. Como estaba demasiado débil para sostenerse á caballo le llevaron en una litera, y cuando hubo visto su gente puesta ya en órden se retiró del campo, no hallándose en estado de tomar parte en la accion. Pero Solano, el belicoso obispo del Cuzco que con otros compañeros suyos tomó parte en la accion, cosa frecuente entonces, recorrió las filas á caballo con un crucifijo en la mano, dando su bendicion á los soldados, y exhortando á todos á cumplir con su deber.

Las fuerzas de Pizarro apenas igualaban á la mitad de las de su adversario, pues no tendria arriba de cuatrocientos ochenta hombres. Los de caballeria serian por todos ochenta y cinco, y los colocó en un solo cuerpo á la derecha de

²⁹ Para fijar el número de las fuerzas de Centeno, pues en las diversas relaciones hallo que le dan desde setecientos hasta mil doscientos hombres, he tomado el término medio de mil, siguiendo á Zárate, por ser mas probable que cualquiera de los dos extremos.

su batallon. La fuerza de su ejército consistia principalmente en sus arcabuceros, que llegarían á trescientos cincuenta; compañía escelente mandada por el mismo Carbajal, quien la habia instruido con todo esmero. Considerando la escelencia de sus armas y su perfecta disciplina, aquel pequeño cuerpo de infanteria podia considerarse como la flor de la milicia del Perú,³⁰ y con él contaba Pizarro principalmente para decidir en su favor la suerte de la jornada. El resto de la tropa compuesto de piqueros, no muy temibles por su número aunque perfectamente disciplinados como toda la infantería, lo distribuyó á la izquierda de los mosqueteros para rechazar la caballería enemiga.

Pizarro se encargó de mandar en persona la caballería, y se colocó en la primera fila segun acostumbraba. Iba soberbiamente ataoiado. Sobre su reluciente armadura llevaba una rica ropilla de terciopelo carmesí acuchillado, y montaba un brioso corcel cuyos vistosos aderezos reunidos al lujoso traje del impávido comandante hacian que él fuese el objeto mas visible de todo el campo.

Su teniente Carbajal iba equipado de muy diverso modo. Llevaba una buena armadura fuer-

³⁰ Así lo dice Garcilaso, quien compara á Carbajal con un diestro jugador de agedrez que dispone sus piezas de un modo que infaliblemente ha de lograr la victoria. Com. Real., Parte 2, lib. 5, cap. 18.

te y de provecho, aunque de muy pobre apariencia, y su celada de hierro con su espesa visera delo mismo defendió aquel dia su cabeza de muchos golpes desesperdos. Sobre la armadura llevaba una ropa verde muy vieja, y montaba un rocín fuerte y ligero, que aunque podia resistir muy bien la fatiga carecia de gracia y hermosura. En suma, hubiere sido fácil confundir al veterano con el soldado mas pobre.

Los dos ejércitos se acercaron á seiscientos pasos uno de otro y allí se detuvieron. Carbajal preferia recibir el ataque del enemigo mas bien que continuar avanzando, porque el terreno que ocupaba dejaba el campo libre á su mosqueteria, sin que le estorbasen los árboles y matas que se veian en otras partes del llano. Habia ademas otro motivo bien estraño para que desease conservar su posicion actual. Los soldados iban todos cargados con dos y aun con tres arcabuces, de los que habian dejado los desertores que de cuando en cuando abandonaban el campo. Este acopio poco comun de mosquestes, aunque en una marcha seria grande estorbo, venia perfectamente á unas tropas que esperaban el ataque, pues á causa de lo mal construidas que eran entonces las armas de fuego y del poco conocimiento que se tenia de su manejo, se perdia mucho tiempo en cargarlas. ³¹

³¹ Garcilaso, Com. Real., ubi supra. El padre del historiador, que tenia su mismo nombre, fué uno

Deseando por lo mismo que el enemigo comenzase el ataque hizo alto Caarbajal, mientras que el otro ejército despues de un corto descanso avanzó otros cien pasos. Viendo que allí permanecia inmóvil destacó Carbajal por el frente una guerrilla para que fuese á provocarle; pero pronto le salió al encuentro otra del enemigo y se dispararon mutuamente algunos tiros, sin grave daño de ninguna parte. Observando que aquella maniobra no surtia efecto, mandó el veterano á los suyos que avanzasen unos cuantos pasos, esperando siempre provocar el ataque de su antagonista. Así sucedió en efecto. “Nos deshonramos,” esclamaron los soldados de Centeno, que por una falsa idea del valor propia de tropas indisciplinadas, tenian por una ignominia el aguardar el ataque. En vano sus oficiales les mandaron que permaneciesen en su puesto. El comandante estaba ausente, y les azuzaba con sus gritos un fraile fanático llamado Domingo Ruiz, el cual figurándose que los Filisteos les habian sido entregados, esclamó, “Ahora es tiempo! adelante, adelante, á ellos!” ³² No se necesitó mas para que los soldados echasen á

de los pocos caballeros nobles que permanecieron fieles á Gonzalo Pizarro en la decadencia de su fortuna. Se halló presente en la batalla de Huarina, y con los pormenores que refirió á su hijo pudo este llenar muchos vacios de los otros historiadores ³² “A las manos, á las manos: á ellos, á ellos.” Fernandez, Hist. del Peru, Parte 1, lib. 2, cap. 79.

correr en desorden, llevando los piqueros caladas sus picas con tan poco cuidado, que tropezaban unos con otros y hasta herian á sus mismos camaradas. Los arcabuceros al tiempo de ir avanzando hacian un fuego desordenado, que por la distancia y la rapidez con que corrian, no causaba daño alguno.

Carbajal se alegró mucho de que sus enemigos desperdiciasen de ese modo las municiones. Aunque permitió que se disparasen algunos mosquetes para incitar mas á sus contrarios, dió orden al grueso de la infantería de que no hiciese fuego hasta que todos los tiros pudieran aprovecharse. Como conocia la propension de los tiradores á dar mas arriba del blanco, encargó á los suyos que apuntasen á la cintura ó un poco mas abajo, diciéndoles que un tiro que bajase podria hacer daño todavia, mientras que si pasaba un dedo mas arriba de la cabeza era perdido.³³

La compañía del veterano se mantuvo firme y serena mientras que los de Centeno avanzaban rápidamente; pero cuando los tuvieron á unos cien pasos de distancia dió Carbajal la voz de *fuego!* Al momento hizo una descarga toda la línea, y cayó un diluvio de balas en las filas del enemigo, tan bien dirigidas que mas de cien

³³ Garcilaso, Com. Real., ubi supra.

hombres cayeron muertos quedando heridos muchos mas. Antes de que pudieran recobrase de su asombro, los soldados de Carbajal echaron mano de sus armas de reserva y las descargaron en lo espeso de los enemigos causando igual estrago. La confusion de estos fué entonces completa. No pudiendo resistir la continua lluvia de balas que les enviaban los arcabuceros, se apoderó de ellos un terror pánico y se pusieron en fuga sin pensar ya en sostener el combate.

Mas el resultado del encuentro de la caballería fué muy diverso. Gonzalo Pizarro habia formado su escuadron á la derecha de Carbajal, un poco retirado hácia atras para dejarle libre el juego de su arcabuceria. Cuando las caballos que el enemigo tenia á su izquierda vinieron sobre él á todo galope, avanzó Pizarro unas cuantas varas para recibir la carga, favoreciendo siempre á Carbajal, cuyo fuego causó de paso alguna pérdida á los acometedores. El escuadron de Centeno llegó á toda carrera como un rayo, y á pesar del perjuicio que le causó la mosqueteria del enemigo, cayó con tal furia sobre los contrarios, que atropelló cuanto se le puso delante. Hombres y caballos rodaron por el polvo, "y pasaron por encima de los caidos," dice un historiador "como si fuesen una manada de ovejas."³⁴ Estos se recobraron con trabajo

³⁴ "Los de Diego Centeno, vna carrera larga, lleuaron á los como yuan con la pujança de de Gonçalo Piçarro de encuen-

del orimer choque, y trataron de rehacerse para sostener el convate sin desventaja.

El gefe, sin embargo no pudo recobrar, el terreno que habia perdido. Los suyos eran arrollados por todos lados: de ambas partes eran muchos los muertos; otros quedaban heridos y el suelo estaba cubierto de hombres y de caballos. Pero la pérdida fué mucho mayor en la tropa de Pizarro, y casi todos los que escaparon con vida tuvieron que entregarse. Cepeda mientras peleaba con el furor de la desesperacion, recibió una cuchillada en la cara que le inutilizó y le obligó á rendirse.³⁵ Pizarro, despues de ver caer á su lado los compañeros mas bravos y fieles, se encontró perseguido por tres ó cuatro caballeros á la vez. Saliendo como pudo de la confusion del combate, puso espuelas á su caballo, y el noble animal aunque llevaba una grave herida en el lomo, adelantó á todos sus perseguidores, menos á uno que le detuvo asiéndole por la brida. Mal le habria ido á Gonzalo si no hubiese echado mano de una pequeña hacha de armas que llevaba consigo, y descargado tal golpe con ella en la cabeza del caballo de su

tro, y los tropellaron como si fueran ovejas, y cayeron cauallos y caualeros." Ibid., Parte 2, lib. 5, cap. 19.

35 La herida de Cepeda le abrió la nariz y le dejó una cicatriz tan fea que se vió precisado á cubrirla despues con un parche. Así lo cuenta Garcilaso que le veía con frecuencia en el Cuzco.

contrario, que cayó al punto y obligó al ginete á soltar la brida. En el entretanto algunos arcabuceros que habian visto el apuro de Pizarro acudieron á socorrerle, mataron á dos de sus perseguidores que ya le habian alcanzado, y á su vez pusieron en fuga á los demas.³⁶

La derrota de la caballería fué completa, y Pizarro creyó perdida la jornada cuando oyó tocar victoria al clarin enemigo. Pero apenas se habian apagado sus sonidos cuando comenzaron á oirse salir del otro campo. La infanteria de Centeno habia sido derrotada, como ya vimos, y arrojada del campo; pero la caballeria de su derecha cargó sobre la izquierda de Carbajal, compuesta de picas mezcladas de arcabuces. Los caballos acometieron de frente la formidable falange; mas no les fué posible romperle espeso vallado de picas sostenidas por los robustos brazos de soldados que se mantenian firmes y serenos, mientras les ocasionaba grave daño el mortífero fuego de los arcabuceros colocados detras de las lanzas. Viendo que era im-

36 Segun la mayor parte de los escritores, el caballo de Pizarro no solo fué herido, sino muerto. Su hijo el historiador niega abpen el combate, y estaérdida la remedió su amigo Garcilaso de la Vega, cediéndole el que montaba. Este oportuno auxilio á un rebélde no le fue despues de mucho provecho al generoso caballero, antes por el contrario sus enemigos lo hicieron valer contra él como si fuese un crimen. Solutamente el hecho, y parece muy empeñado en libertar á su padre de esta honrosa imputacion, que fué un eterno tropiczo en la carrera de entrambos. Ibid., Parte 2, lib. 5, cap. 22.

posible abrir brecha, los ginetes desfilaron por los flancos en desórden y fueron por último á reunirse en la retaguardia con el escuadron victorioso de Centeno. Reunidos ambos trozos intentaron una nueva carga sobre el batallon de Carbajal; pero dando los suyos media vuelta con la prontitud y órden de soldados bien instruidos, la espalda se convirtió en frente. Presentaron de aquel lado al enemigo el mismo bosque de picas sin que los arcabuceros cesasen de castigar con una granizada de balas la audacia de los ginetes, hasta que deshechos y perdido enteramente el animo por el mal éxito de sus tentativas, imitaron estos el ejemplo de la aterrorizada infanteria y abandonaron el campo.

Pizarro y unos cuantos compañeros que aun quedaban en estado de pelear les persiguieron tan solo una corta distancia, porque eran pocos y no estaban en estado de continuar el alcance. La victoria fué completa y el gefe insurgente tomó posicion de las tiendas abandonadas por el enemigo, donde halló una cantidad enorme de plata ³⁷ y ademas las mesas puestas para la comida de los soldados de Centeno cuando volviesen

³⁷ El botin ascendió á un millon y cuatrocientos mil pesos, segun fernandez. (Hist. del Peru, Parte 1, lib. 2, cap 79.) Hay una grave exageracion en la suma; pero nos llogamos á familiarizar de tal modo con las doradas maravillas del Perú, que como lector de las "Noches Arabes," nos volvemos tan crédulos que ya nos parecen muy estrechos los limites comunes de la probabilidad.

del campo. ¡Tan segura consideraban la victoria! El convite sirvió pues para saciar el hambre de los vencedores, que tal suele ser la fortuna de la guerra. Fué sin duda una accion decisiva, y cuando Gonzalo Pizarro recorria el campo sembrado de cáda-veres de sns enemigos, observaron que se santiguó muchas veces exclamando: "Jesus, qué victoria!"

No fueron² menos de trescientos cincuenta los muretos del ejército de Centeno, y el número de heridos fué aun mucho mayor. Se calcula que mas de cien de estos perecieron por haber quedado en el campo toda la noche, pues aunque el clima de esta region elevada es benigno, el aire de la noche que sopla por las montañas es sutil y penetrante, de manera que muchos infelices heridos, que atendidos con tiempo se hubieran salvado, eran yertos cadáveres á la mañana siguiente. Los vencedores no lograron la victoria sino á costa de una grave pérdida, porque mas de cien de ellos quedaron en el campo. Los cadáveres estaban amontonados en el lugar que ocupó la caballería de Pizarro, donde fué más reñido el combate. En este corto espacio se encontraron tambien mas de cien caballos muertos. La mayor parte de ellos, así como los ginetes, que por lo comun yacian tambien al lado, pertenecian al ejército victorioso. Era la batalla

mas desastrosa que se habia dado en el ensangrentado suelo del Perú.³⁸

La gloria de la jornada, gloria bien triste por cierto, debe atribuirse casi toda á Carbajal y á su valiente escuadron. Las acertadas disposiciones del anciano guerrero, unidas á la perfecta disciplina y al indomable valor de sus soldados, cambiaron el aspecto de la batalla cuando casi estaba perdida por la caballería, y alcanzaron la victoria.

El incansable Carbajal continuó al alcance con los que se hallaban en estado de seguirle. Los desdichados fugitivos que caian en sus manos, sobre todo si habian sido traidores á la causa de Pizarro como lo eran en realidad la mayor parte, los hacia matar inmediatamente. Los laureles que habia alcanzado en el campo de batalla peleando contra hombres armados como él, los marchitó por su crueldad con los indefensos prisioneros. Su gefe Centeno fué mas

³⁸ "La mas sangrienta batalla que vno en el Perú. Ibid., loc. cit.

En las relaciones de esta batalla hay segun costumbre sus discrepancias que el historiador tiene que ajustar como puede. Pero en el todo hay bastante conformidad. Todos convienen en considerarla como el combate mas sangriento entre Españoles ocurrido hasta entonces en el Perú, y

todos atribuyen la victoria á Carbajal. Fuera de Garcilaso y Fernandez muchas veces citados, V. Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. (Se halló en la accion.)—Zárate, Conq. del Perú, lib. 7, cap. 3.—Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 4, cap. 2.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. 181.—Montesinos. Anales. MS., año 1547.

afortunado y consiguió escaparse. Viendo perdida la batalla abandonó su litera, y la consideracion de la horrible suerte que le aguardaba si le cogian, le dió fuerzas para llegar á la sierra vecina, apesar de su enfermedad. Allí se ocultó á la vista de sus perseguidores, y como un ciervo herido acosado de cerca por los cazadores, logró al cabo escapárseles metiéndose en las entrañas de los montes, hasta que dando un largo rodeo consiguió milagrosamente el llegar salvo á Lima. El obispo del Cuzco huyó por otro camino y logró igual fortuna. No fué para él poca dicha el no haber caido en manos del insensible Carbajal, quien, á juzgar por el poco respeto que solia mostrar á los de su clase y agregándose la circunstancia de haber sido el obispo en otro tiempo partidario de Pizarro, hubiera tenido tan poco escrúpulo de enviarlo á la horca como si hubiese sido el mas triste soldado raso.³⁹

Al dia siguiente de la accion hizo Gonzalo Pizarro que los cádaveres que aun permanecian amontonados en el mismo campo donde poco antes trabaron lucha mortal, fuesen depositados en una sepultura comun. Los cuerpos de los caballeros distinguidos, (porque ni aun la tumba bor-

³⁹ Pedro Pizarro, Descub. y Conq. del Perú, lib. 7, cap. 3.—Conq., MS.—Fernandez, Hist. Garcilaso, Com. Real., Parte 2, del Perú, ubi supra.—Zárate, lib. 2, cap. 21, 22.

raba las distinciones de clases,) fueron llevados á la iglesia del pueblo de Huarina que dió su nombre á la batalla. Allí fueron enterrados con la correspondiente solemnidad; pero andando el tiempo fueron trasladados á la ciudad de la Paz, y colocados en un sepulcro construido por una suscripcion general de los habitantes de la provincia. Pocos hubo en ella que no tuviesen que lamentar la pérdida de un pariente ó de un amigo en aquel infausto dia.

El vencedor aprovechó su victoria para enviar destacamentos á Arequipa, la Plata y otras ciudades con el objeto de recojer dinero y refuerzos para continuar la guerra. Su propia pérdida quedó mas que compensada con los vencidos que quisieron continuar sirviendo en sus banderas. Reunidas sus fuerzas se encaminó al Cuzco, cuya capital aunque á vces la habian hecho aparentar lealtad á la corona, se habia mostrado desde los principios muy adicta á su causa.

Los habitantes se preparaban á recibirle en triunfo con arcos en las calles, músicas, y poesías alusivas á sus victorias. Pero Pizarro con mas prudencia rehusó los honores de una ovacion mientras el pais estuviese en poder de sus enemigos. Envió por delante el grueso de sus tropas, y él le siguió á pié acompañado tan solo de unos cuantos vecinos y amigos, dirigiéndose

en derechura á la catedral donde se tributaron solemnes acciones de gracias y se cató el *Te Deum* en agradecimiento de la victoria. Retiróse luego á su habitacion manifestando que estaba resuelto á fijar por entonces sus cuarteles en la venerable capital de los Incas.⁴⁰

Ya no volvió á pensarse en la retirada á Chile, porque su último triunfo habia revivido en su pecho la esperanza, y renovado la confianza antigua. Creia que produciria igual efecto en los ánimos irresolutos de los que habian faltado á su fidelidad por temor ó por desconfianza de que su poder alcanzase á resistir al presidente. Ahora verian que aun no le abandonaba su estrella. Asi pues, sin inquietarse ya por el porvenir, resolvió permanecer en el Cuzco y aguardar allí tranquilamente la hora de que las armas decidiesen por última vez quién de los dos seria dueño del Perú.

40 Ibid., Parte 2, lib. 5, cap. 27.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 7, cap. 3.

Garcilaso de la Vega, que entonces era muchacho, presenció la entrada de Pizarro en el Cuzco. Es por lo mismo contemporáneo del suceso, aunque lo escribió pasados tantos años. Merced á la elevada clase de su padre tenia entrada franca en el palacio de Pizarro, y así esta parte de su historia merece el crédito que se da, no solo á un contemporáneo sino á un testigo de vista.